cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 17 DE MAYO DE 2020

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Insignes maestros... y una madre

De guerras y emperadores
Carlos A. Ponzio de León

Los maestros pueden recordar durante años a sus buenos alumnos; pero los malos alumnos recuerdan durante toda la vida a sus buenos maestros. Yo estoy aquí para contarlo.

La historia comienza una noche de invierno en el patio de una escuela privada, donde un grupo de profesores ajenos: de la carrera de economía de la Universidad Autónoma de Nuevo León, se reunía para asar carne asada, con motivo del fin de año. La noche ya se había instalado y abajo, el fuego de carbón era la fuente de iluminación.

Yo había arribado junto con mi madre, quien daba clases de redacción en esa misma carrera, de la que yo había egresado diez años atrás. A los treinta, era la primera vez que me encontraba en una reunión de carne asada con colegas de trabajo. Acababa de regresar del extranjero, de concluir el doctorado, y me había incorporado dando clases a mi alma mater, junto a quienes habían sido mis propios profesores.

Era una reunión de cervezas que no parecía que terminaría en borrachera: un ambiente demasiado serio, demasiado adulto, demasiado economía. Y tampoco me sentía cómodo enfrentando lo que sucedía: era como si una pica hubiese excavado adentro de mí hasta tocar fondo en una verdad.

Nuestro huésped era el Profesor Murillo. La escuela: su empresa para atender estudiantes con algún tipo de problema. Pum. La bomba atómica estallando sobre las cuerdas que ligan mi mente con mi corazón.

Yo nunca había sido un estudiante aplicado; consistentemente, el típico rebelde e indisciplinado: de muchas materias reprobadas y recursadas. Incluso en alguna ocasión, mi estancia en la escuela de Loma Larga quedó en manos de un comité disciplinario que deliberó al respecto.

En mis tiempos de estudiante, el Profesor Murillo impartía las Historias Económicas y las Civilizaciones Contemporáneas. Yo estaba cursando una de sus Historias, cuando nos llegó el primer examen parcial. Lo intercepté a él, llevando los exámenes bajo el brazo en su camino al salón. Le dije que no había estudiado y le pregunté si podría tomar el examen otro día. Aceptó intranquilo, preocupado. Arribó al grupo y anunció que cualquiera podría presentar ese día, o la siguiente semana. La mitad de los estudiantes desalojó el lugar.

Yo no me presenté la siguiente semana, ni a clases, ni a los exámenes. Tampoco a la segunda oportunidad. Creo que, hasta ese momento, Ponciano Murillo jamás había enviado a algún alumno hasta tercera, a re-cursar la materia. Así es que había yo alcanzado mi notoriedad. Y con tantas materias reprobadas ya para ese momento, no afectaba mucho mi autoestima.

Volví a cursar su clase. Para el nuevo examen final, (una prueba de cien reactivos rápidos), saqué bien: cincuenta de ellos. Así es que reprobé y me fui a cuarta y última oportunidad, antes de ser suspendido de la carrera. No estudié. Me senté frente al examen sin saber más sobre la materia, y Ponciano Murillo repitió la misma prueba. Recuerdo haberme limitado a responder los cincuenta reactivos que conocía.

En algún momento, años después me pregunté: ¿Me atrevía a desafiarlo? Han sido muchos los maestros de los que he aprendido lecciones y a los que les agradezco. Entre ellos, por supuesto, a Ponciano.

La lección de Ponciano Murillo la entiendo hoy, a los cuarenta y tantos. Me llega como un alivio y como una atadura. Como espanto de gitano que se apresura bailando a mitad de la canción. La escucho llegar como el sonido agudo de cuerdas de guitarra que reconectan mente, espíritu y corazón. O como trompeta que anuncia la guerra de Troya y la llegada de un emperador romano.

Ponciano Murillo me pasó en cuarta oportunidad; me otorgó el setenta. Ahora soy consciente de que, si yo no quería ser economista, la decisión en aquel momento debía tomarla yo, y no dejársela a él, ni a nadie más. Comprendo que el maestro fortalece la vocación del alumno. Y hay maestros que nos enseñan que la decisión de quiénes somos, está en nuestras manos.

Maestros Memorables
Olga de León González

No sé si es obra divina o de mi certera conciencia, que no quiere lastimar a quien lo mereciera, menos a quien por ningún motivo lo merece, lo cierto es que los apellidos de mis maestras de primero, segundo y tercer año de primaria los tengo hechos un ovillo. Habiendo estudiado en colegio privado católico, mis maestras fueron: la madre Casas y la madre Moreno. ¿Cuál en primero y segundo, y cuál en tercero? No lo sé. Solo sé que la de primero y segundo era un ángel, una madre algo regordeta, chapeada y de piel tan blanca que parecía bañada en leche, a quien amé y ella me amó. La de tercero, en cambio, era muy joven, quizás apenas tendría veinte años; de piel morena y rasgos indígenas. A la distancia del tiempo, me parece que quizás ella estaba llena de prejuicios y rencores de clase; me miraba con crueldad, y así me trató el medio año que mi padre toleró su comportamiento, hasta que me cambió a un colegio mixto. En él cumpliría la otra mitad de tercero y cuarto año, lindas anécdotas ingenuas guardo de esa etapa.

En la Secundaria, cómo no mencionar al primer maestro que me marcaría en mi inclinación hacia la expresión creativa y el pensamiento de las civilizaciones en el mundo, asignándome la tarea de lectora oficial en clase, el Maestro Cano. Luego, en Bachilleres, continuaría esa labor forjadora de espíritus ávidos de saber literario y de amor por la belleza en la expresión, mi querida maestra Celia Robledo, de quien yo algunos años más tarde, habría de dejar pasar la oportunidad que me brindaba de tomar sus clases en la Prepa No. 1 de la UANL, cuando ella se iba al doctorado en Alemania: cosas de la vida, ignorancia y poca visión de mi parte. Quién sabe…

Olga de León González
La casa de Sara

-Ella casi no salía del departamento, eran los hombres los que entraban, no permanecían más de diez minutos y se retiraban. Todo el día duraba ese movimiento, que empezaba alrededor de las tres y media o cuatro de la tarde hasta después de medianoche. Unos ocho o diez hombres eran los que entraban por día, todos horripilantes, de mala pinta y peor facha.

Fíjese que Sarita no es fea, más bien es atractiva, solo que tiene muy mal gusto para arreglarse y vestir; si es que a su apariencia puede considerársela con algún afeite o arreglo personal, y a su trapos arrugados y mal combinados, vestuario.

Es una peladita como de dieciocho o diecinueve años, es mi vecina. Y ni modo de no darme cuenta de su vida, si para que quien viene a verla, pueda entrar, tiene que pedirme que le abra la reja, porque el departamento de ella está hasta atrás del mío.

Lo de la pandemia le valió durante mes y medio, entraba y salía sin cubre boca y nariz, fume y fume y tose que tose… ¡Ah!, y muy abrazada de los fulanos que la visitaban. A veces como que hace fiesta, pero muy calladita sin mucho escándalo de música, solo se ven luces de colores girando en sus ventanas; luego amanecen unos tirados en las escaleras, porque no pudieron salir, pues ella no les abrió la reja para que se fueran. Seguro se quedaba dormida y ni sabía quién se había ido y quién no. Pero, por lo regular todos los fulanos nada más entraban y en menos que canta un gallo, ya estaban yéndose.

Yo digo que esa casa no es de citas, es de ventas: ¡puro negocio! Antes, hace como dos años, la mamá también vivía allí. Pero un día se fue y dejó a la hija sola, se me hizo muy raro; a mí no me importa, pero qué madre dice: yo ya no puedo con ella… y se va, se cambia de casa… Se mudó a la colonia Del Valle. Así que Sara hizo, a partir de entonces, lo que quiso con su vida.

Yo solo digo una cosa: si se quiere matar, que se tire de un puente o se dé un tiro… Pero qué culpa tenemos los demás… Por qué no usa cubre boca y nariz, si se la pasa con tantos fulanos, vaya a resultar asintomática y contagie a quien ni la debe ni teme. Parece que la chica ya la libró, por lo menos hasta hace una semana, cuando al fin vino por ella, en carro de Sitio, la madre. No se bajó del auto. Esperó, que cargaran el camión de la mudanza (no tenía refrigerador, ¡ah!, pero sí tele) y a Sara con una maleta, para llevársela. Se veían bien.

Ayer, supe que internaron a su mamá. Le digo, qué gente tan irresponsable. Pobre señora, pero pues… ¿estará pagando lo que hizo?

-No creo. Así no funcionan estas cosas. ¿Quién vive ahora en esa casa?

-¡Sabe!, parece que alguien más renta el departamento. Solo que ya se le quedó el nombre: "La casa de Sara".

Guillermo Fadanelli

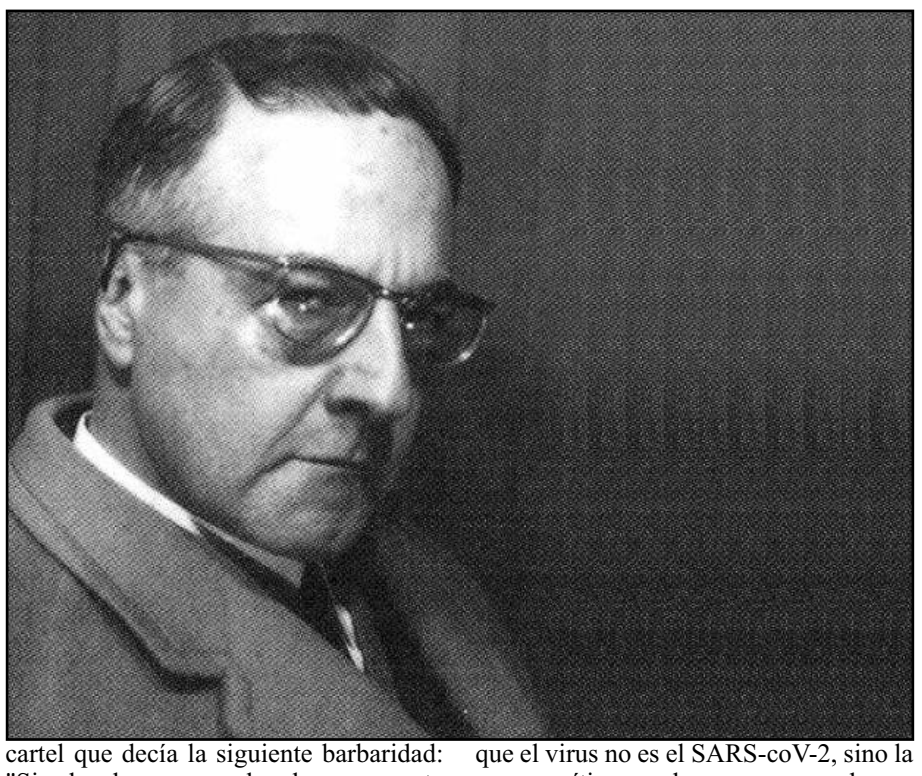
El virus son los otros

El escritor Albert Caraco llamó mi atención por tres motivos, dos de ellos personales. El primero es que nació en Constantinopla en 1919 (desde 1930 la ciudad cambió su antiguo nombre por el de Estambul, ciudad que yo visité hace treinta años y que detesté por razones que alguna vez contaré). El segundo motivo es que Caraco nació un diez de agosto, como lo hiciera mi padre; el tercero deriva en que Caraco anunció que se suicidaría un día después de que su padre muriera, promesa que cumplió el 7 de septiembre de 1971 estando en París. ¿Por qué los suicidas me hacen sonrojar? Lo sé bien y no deseo detenerme en ello. Ahora bien, las tres razones que describí antes no tienen gravedad alguna cuando pienso en la helada amargura y en la lucidez que emanan de su Breviario del caos (Sexto Piso; 2004), un libro que me obsequiara mi amigo Eduardo Thomas hace varios años y que leí en unas cuantas horas sin advertir el peligro que ello representaba. Hoy en día existe una sociedad de lectores de Albert Caraco, mas según mis noticias este escritor es poco conocido en México. Una buena parte de su obra se encuentra en la editorial suiza L'Age d'Homme.

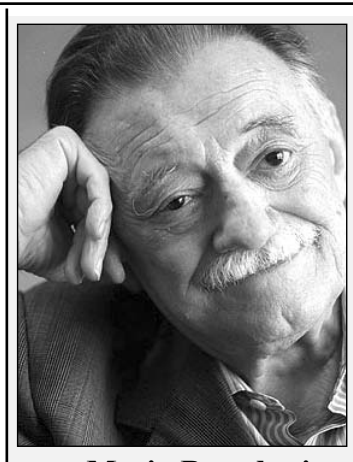
Para que sopesen de qué y de quién estoy escribiendo, y no les parezca la mía una ocurrencia de anticuario cito, para comenzar, algunas líneas de Breviario del caos, muy oportunas en estos días. "La salvación de la especie se hará contra la masa. La masa es el caos que ha tomado rostro humano y que ocultaremos en el abismo de sus obras futuras, ya no habrá más que personas, las multitudes se habrán desvanecido llevándose el mal". "A la hora en que cada uno tiene razón, todo está perdido, todo se vuelve permitido y posible, es la hora trágica por excelencia y es la nuestra. Estamos en medio de personas de buena fe, que morirán por su causa aceptando inmolarse, sabemos que su causa es un malentendido en la mayoría de los casos, pero no sirve de nada informarles de ello, se negarán a creernos y especialmente teniendo en cuenta que ahí se encuentra su razón de vivir".

Me detengo, pues además de que el libro de Caraco es la consecuencia de una vivencia irrepetible y también la huella de una constante premonición, quiero traer su mirada justo a este momento en que somos testigos de la conducta de una masa bastante dócil que ha sido víctima del miedo desmesurado, el cual la masa misma no logra explicarse. Lo sé, hay opiniones que pueden resultar insoportables y que uno de inmediato rechaza, por prejuicio, intuición, o porque no había pensado en ello antes de esa manera. Tal es el asunto de la ética y la moral; el lenguaje de la ética es más complejo que el de las matemáticas y mientras ponerse de acuerdo en que tales series o teoremas son verificables, los juicios acerca del bien y del mal pueden enfrentar a muerte a los seres humanos.

Aprender que los demás son extraterrestres y que sus opiniones nos pueden parecer vomitivas es justo una de las formas como la tolerancia se hace presente. He dicho opiniones y no acciones, puesto que las segundas lastiman físicamente de forma más obvia y limitan la libertad de movimiento, tránsito, privacidad y otras garantías humanistas que se han ganado con tiempo, sangre y paciencia. Hace dos o tres días, en una de mis largas caminatas por la Ciudad de México, leí un



cartel que decía la siguiente barbaridad: "Si sales de casa suceden dos cosas: o te contagian o contagias" (la publicidad era de origen privado). En ese momento pensé que de cualquier virus uno puede salir adelante incluso muriendo, pero de ese tipo de consignas, opiniones, o letanías cerriles no se sale nunca. Quien apruebe la sentencia del cartel citado es peor que cualquier virus, es la nada encarnada y el reduccionismo violento. En cuanto leí dicha consigna pensé: "El virus son ustedes, carajo". Y aún lo creo, pues aquel enunciado es un latigazo verbal para amansar y alimentar a la masa a partir de prejuicios personales o provenientes de colectivos de cierta clase que bien podríamos llamar sectas de la aldea global. Sin embargo, en una sociedad que goza de libertades hay que soportar, como dije, incluso lo que nos parece vomitivo, bárbaro e imposible de sostener éticamente. ¿Qué pasaría si les dijera que el virus no es el SARS-coV-2, sino la masa acrítica, medrosa y que con buena voluntad está dispuesta a cavar su propia tumba si se lo ordenan? Me deplorarían, con razón, y me mostrarían gráficas, datos duros, sumas de millones de muertos, además de que me narrarían un relato moral acerca de la supervivencia de la especie y otros cuentos de ciencia ficción (para que la ciencia se vuelva ficción sólo hay que situarse en un lugar o perspectiva que ella no contemple como ortodoxa); después me insultarían y descalificarían sobre el supuesto de que ellos están "vivos" y de que su opinión es certera, verificable e indiscutible. Caraco no fue leído, al contrario, se le consideraba un ave rara y negra de la especie humana. Pero, gracias a escritores como él, he podido reconocer el otro rostro de la muerte física; el peor desde mi punto de vista: el del eclipse absoluto de la inteligencia humana.



Mario Benedetti

(Paso de los Toros, 1920 - Montevideo, 2009) Escritor uruguayo. Mario Benedetti fue un destacado poeta, novelista, dramaturgo, cuentista y crítico. Cultivador de todos los géneros, su obra es tan prolífica como popular; novelas suyas como La tregua (1960) o Gracias por el fuego (1965) fueron adaptadas para la gran pantalla, y diversos cantantes contribuyeron a difundir su poesía musicando sus versos.

El gran éxito de sus libros poéticos y narrativos, desde los versos de Poemas de la oficina (1956) hasta los cuentos sobre la vida funcionarial de Montevideanos (1959), se debió al reconocimiento de los lectores en el retrato social y en la crítica, en gran medida de índole ética, que el escritor formulaba. Esta actitud tuvo como resultado un ensayo ácido y polémico: El país de la cola de paja (1960), y su consolidación literaria en dos novelas importantes: La tregua (1960), historia amorosa de fin trágico entre dos oficinistas, y Gracias por el fuego (1965), que constituye una crítica más amplia de la sociedad nacional, con la denuncia de la corrupción del periodismo como aparato de poder.

Su literatura se hizo formalmente más audaz. Escribió una novela en verso, El cumpleaños de Juan Ángel (1971), así como cuentos fantásticos como los de La muerte y otras sorpresas (1968). Trató el tema del exilio en la novela Primavera con una esquina rota (1982) y se basó en su infancia y juventud para la novela autobiográfica La borra del café (1993).

En su obra poética se vieron igualmente reflejadas las circunstancias políticas y vivenciales del exilio uruguayo y el regreso a casa: La casa y el ladrillo (1977), Vientos del exilio (1982), Geografías (1984) y Las soledades de Babel (1991). En teatro, Mario Benedetti denunció la institución de la tortura con Pedro y el capitán (1979), y en el ensayo comentó diversos aspectos de la literatura contemporánea en libros como Crítica cómplice (1988). Reflexionó sobre problemas culturales y políticos en El desexilio y otras conjeturas (1984), obra que recoge su labor periodística desplegada en Madrid.

En 1997 publicó la novela Andamios, de marcado signo autobiográfico, en la que da cuenta de las impresiones que siente un escritor uruguayo cuando, tras muchos años de exilio, regresa a su país. En 1998 regresó a la poesía con La vida, ese paréntesis, y en 1999obtuvo el VIII Premio de Poesía Iberoamericana Reina Sofía. En 1999 publicó el séptimo de sus libros de relatos, Buzón de tiempo, integrado por treinta textos. Ese mismo año vio la luz su Rincón de haikus, clara muestra de su dominio de este género poético japonés de signo minimalista.

En 2001 recibió el Premio Iberoamericano José Martí en reconocimiento a toda su obra; ese mismo año publicó El mundo en que respiro (poemas) y dos años más tarde presentó un nuevo libro de relatos: El porvenir de mi pasado (2003).

En 2004 fue investido doctor honoris causa por la Universidad de la República del Uruguay. En 2005 fue galardonado con el Premio Internacional Menéndez Pelayo. Sus últimos trabajos fueron los poemarios Canciones del que no canta (2006) y Testigo de uno mismo (2008), el ensayo Vivir adrede (2007) y el drama El viaje de salida (2008).

ad pédem literae

"No vayas a creer lo que te cuentan del mundo (ni siquiera esto que te estoy contando) ya te dije que el mundo es incontable"

Mario Benedetti

Letras de buen humor

"Yo no sé si Dios existe, pero si existe, sé que no le va a molestar mi duda"

Mario Benedetti